

Un Ministro de Costa Rica en Washington pinta la vida miserable de nuestro peón

MAGON, el gran escritor de costumbres ticas - que ocupó aquel alto puesto y que no fue comunista, - describe en este cuento como viven los peones en las fincas de café

Pedro de los Dolores Jirón, único apellido, cincuenta y dos años, casado, jornalero y vecino de Mata Redonda, enjuto, desdentado, pobrísimo, siempre tosiendo; con una maldita tos de perro que le raspaba hasta los tubos capilares de los bronquios, ese es el héroe de mi historia.

Con mujer y dos chiquillos tan entecos y macilentos como él; aquella, eternamente pegada a la piedra, a la batea y al fogón, siempre atacada por dolores de cabeza y ataracada por flemones originados por raigones y caries; los chicos amarillos, panzudos, invadidos por amebas, anquilosomas y malaria.

Los cuatro viviendo esa miserabilísima vida de los pobres de nuestros campos, dura, sin esparcimiento, sin desahogos, lucha sempiterna, con el hambre, la desnudez, las enfermedades, las inclemencias; pegados al escuálido salario del jornalero y a las escasas generosidades del patrón, traducidas en plátanos, chayotes y quelites, en un desecho de pantalón, cobija o saco, y en los cuatro palos de leña de cerca recogidos acá y allá en el cafetal para asar la insípida tortilla, cocer el puñado de frijoles negros y hervir las verduras y el agua para filtrar el café de tercerilla.

Y mañana como hoy y siempre igual y sin más esperanza que la de ser dignos de alcanzar en la otra vida las felicidades y gozos prometidos en las Bienaventuranzas. Y como había que agarrarse de la mano de abogado fuerte, de San Pedro estaban prendidos con sincero fervor, con desesperación, con uñas y dientes. Una estatuita de yeso del humildísimo Pescador, Discipulo y Cebellero Portero, aderezada con florecillas de papel, era todo el ornamento de la sala-dormitorio-cocina-cocina, que constituía la pobrísima "pieza" de flor Jirón en la finca cafetalera a la que alquilaba sus escuálidas fuerzas, de enero a enero.

Estaban en pleno verano en las múltiples y presurosas faenas del beneficio; ochocientos sacos iban de camino para Londres; otros tantos estaban en la de preparación para Hamburgo, sin contar con cerca de doscientos de "tercerillas" que irían a Nueva York. El patrón con su familia ocupaba la cómoda y espaciosa casa de altos al lado del gran patio de aseolar café y no muy distante del galván de la maquinaria.

Jirón, con camiseta de manta, calzón de mezclilla, sombrero de palma, descalzo, era el brazo derecho del mandador; en el clasificador estaba ocupado recogiendo y apartando sacos llenos, armando vacíos y abriendo compuertas, aceitando chupaceras, barriendo derrames. Eran sus horas de seis de la tarde a seis de la mañana, y después de echar unos cuatro parpadeos en durísima «cuja», se «cachaba» un colón extra por medio día allá en el «correteo», meneando los granos despulpados entre los canales rebosantes de agua espumosa.

La cosa así no iba tan a pique, decía Jirón, porque dos colones por noche, y un colón por medio día, venían a juntar tres, que al cabo de la semana eran dieciocho y «decomisando» y con lo que la mujer se agenciaba con la batea para los patrones y un «cuatro» diario de cada chiquillo «en rejunta» y en «repela», y en esto y en aquello, daban un total de treinta colones; «¡tamaño montón de riales!».

«¡Sí, así fuera todo el año! ¡Achará que no dura esta bonanza más que tres meses! Los otros nueve son de «vacas flacas», de lluvia, privaciones, pobreza, miserias y enfermedades!».

«¡Mi patrón San Pedro me tiene que valer, ¡pa eso le pago yo la misa de año y la vela se le hace con rezador pagao y con tres pesos de pólvora!».

Y la mujer no dejaba de encender el cabillo de candela al lado de la estatuita de yeso y los más flamantes clavelones y amapolas embellecían la tabilla del altarito; y le decía:

«¡Mira San Pedrito, quitámele a tu tocayo esa tos que le asiste; acordate de tu tocayo; ve que no tiene «mal guaro» ni es «pelador», y que a conducta es «sonis» y te ofrezco mandate a «tocar» y «mercate» floreros de china pal 29.»

Era más de media noche: Jirón repasaba las sacos pegados a las tolvas del clasificador; apartó uno ya colmado y al arrastrarlo sobre el piso cubierto de polvillo blancuzco, observó que barria con una esquina un papel de diez colones. Lo recogió, lo miró a la luz del foco eléctrico, lo dobló con cuidado y se lo guardó en el seno, allí pegado a la sudada piel de la barriga.

«No, mío «nues»; ¿pero de quién tomará ser? Tal vez del patrón que antier vino a sacar muestros y junto al caracolillo sacó la cartera pa enseñarle unos papeles al mandador. Dichosotes los ricos que pueden perder así los «riales» y no echalos de ver.»

Y lanzando un suspiro, continuó su faena monótona y siguió tosiendo y aspirando polvo de cascarilla.

Apenas entregó al relevo, fue derecho a la «cuja» y cayó en ella como una piedra; fatigado, derrengado, exhausto, de tragarse su café que la compañera le tenía listo desde antes de despuntar el día.

A las diez despertó adolorido, sin haber satisfecho al organismo que le pedía más sueño, más reposo, más alimento. Tenía que ir a la villa vecina a una «diligencia» del mandador; a mercar una limeta de «lamedor de raspaguaca» para la tos y a hacer los arreglos para la misa del 29 en honor de su patrón San Pedro. Y todo corriendo, como quien se quita una avispa del trasero, porque a las dos tenía que estar en el correteo.

«¡Mira patroncito, mi tocayo, fijate que no se me olvida tu misita; no me desampares!».

Y haciendo la señal de la cruz se largó trotando para el mandado.

Todo resultó bien, echo, y pronto; ya venía saliendo de la casa cural cuando se le atravesó un chiquillo vendedor de lotería.

«¡El gordoooo! ¡Cincuenta mil colones! ¡El último billete!».

A Jirón le dió un vuelco el corazón al oír la fabulosa suma: «Cincuenta mil colones y todo con «sólo diez coloncillos» y con un poquito de suerte y... ¡ah! si San Pedro me lo empujara... si él «qués» tan milagrosísimo y tan amigo de Nuestro Señor... ¡que «carachas» voy a arriesgar y que mi tocayo me valga.»

Pero no alcanzaba la poquilla plata que le había quedado después de las diligencias y por más que registró hubo de conformarse con sólo la intención.

El chiquillo que advinó que «el peje había picado» insistió en sus gritos y exageraciones: ¡Cincuenta mil, cincuenta mil! ¡Por sólo diez colones! ¡El número que «principia» con un dos y acaba con un nueve, números suerteros! ¡Cincuenta mil colones!».

Dos y nueve, pensó Jirón, lo mismo que el día de San Pedro, el día de mi Santo. Hombré esto si qué «cábula».

Y volvió a rebuscarse; de pronto sintió cosquilleo en la cintura producido por el roce del billete encontrado la noche anterior.

«No, «ora» si que lo merco «manque» tenga que pedir limosna «pa pagalo». Ya esto es señal de que está de la mano de Dios que me arriesgue.»

Y sacando el papellito se lo entregó al chacalín a cambio del número 2009.

La conciencia principió a roerlo.

«No, «nues robao»; esa plata fué «jayada»; San Pedro me la reparó anoche, naide la ha reclamado, y si alguien la reclama, pos se la pago de mi formal u de la plata del premio, porque muy duda que este número va a sacar buenos riales. ¡Carachas, el que no se arriesga no pasa la mar!».

Y con el número entre los pliegues de la camisa, se lanzó por cafetales y potreros, carreteras y atajos para llegar a tiempo al correteo.

A la hora de la cena contó a la mujer el percalce; ésta no le aprobó el uso de los diez colones encontrados en el clasificador.

«Debiste entregáelos al mandador gual patrón.»

«¡Pero dínde sé yo si el mandador se los chorrea y no da cuenta; y tampoco sé si son del patrón; la prueba es que ninguno ha reclamado!».

«Cuidado no vayan a apercebise y tenés que verte en puertas de «justicia» y echao de la hacienda y te desgracean pa siempre.»

«¡Dios libre! Ora mismo voy a llevale la plata al patrón.»

Así quedó resuelto, y finalizaba la frugalísima cena, Jirón buscó en la cajita de plata donde «teso» taba sus haberes; había veintinueve colones y unos céntimos, pero no había un billete de diez colones como el encontrado y la devolución en otra especie que la pérdida, hubiera parecido sospechosa.

«Mañana qué domingo tempranico vuelvo a la villa y consigo el papel de a diez y se lo entrego al patrón en cuanto asome a su oficina, mas que me quede sin dormir.»

El billete de la lotería, envuelto en un papellito azul del frasco de lamedor, fué puesto bajo la peana de la estatuita de San Pedro; ambos conjuges se arrodillaron frente al Santo Patrón y fervorosamente le pidieron: ella que sacara a su tocayo del enredo; él, que hiciera un premio de los más menos, un alquilo, una migajita, una borona diayuda pa salir de tanto apuro y de tanta miseria y de tanto tuerce.

Y ella, a planchar la ropa blanca de la familia del patrón, y él al clasificador a quemarse los ojos de sueño y a atascarse los bronquios de polvillo.

A eso de las dos de la mañana, una de las bombillas eléctricas comenzó a parpadear; Pedro arrimó un taburete y subido en él, trató de componer el daño; al agarrar el cordón conductor, recibió un fuerte choque y cayó sin sentido.

El Espíritu Malo que lo aguijoneaba con chuzo de punta candente, entregó a Pedro en la negritud.

LA MUNICIPALIDAD... VIENE DE LA PAG 2

Al conocer el informe del Auditor, la Municipalidad dispuso reducir las obras acordadas a un veinticinco por ciento de las más importantes, para ver si por lo menos esas se pueden realizar. Esto quiere decir que se quedarán en el papel infinidad de obras acordadas y que ya no se podrá volver a hablar de mejoras para los barrios pobres.

Nosotros sostenemos que ni esa medida, ni los nuevos empréstitos, ni la venta de propiedades, resolverán el problema y que, por el contrario, con el transcurso del tiempo lo agravarán. El problema se resuelve definitivamente, poniendo a la Municipalidad en condiciones de poder atender las necesidades de todos los sectores de la capital, sin excepción, sin que eso signifique recargos en los tributos para las mayorías. Y esto sólo se obtiene por medio de la Reforma Tributaria.

Queremos terminar aclarando que esta situación no se la ha creado exclusivamente la actual Municipalidad, sino que es un problema que se ha venido complicando con el correr de los años. Lo que pasa es que cada día aumenta la población y aumentan y se complican sus necesidades y los servicios se multiplican y evolucionan; y mientras todo avanza y se moderniza, la Municipalidad mantiene sus antiguos sistemas de trabajo y su viejo sistema tributario. ¡Hay que barrer esas antiguallas! ¡Hay que transformar a la Municipalidad en un organismo vivo, capaz de responder a las actuales necesidades de la comunidad!

Sólo entonces se podrá pensar en mejorar las condiciones de vida de los habitantes de la capital y en llenar las necesidades de los barrios pobres! Por eso es que llamamos a las Juntas Progresistas y a todos los vecinos de San José a que apoyen decididamente la REFORMA TRIBUTARIA ACORDADA POR LA MUNICIPALIDAD.

simá cueva surcada por relámpagos, adonde el Patas iba destinando las almas a sus respectivos tormentos.

Sonó un trueno.

«¡Por qué viene condenado? ¡Por robo de diez colones, ¿Cuánto es eso?»

«¡Sepa Judas! allá el cambio está altísimo y varía diariamente.»

«Es que si no llega a tres dólares no tengo jurisdicción.»

«Llévasele al calvillo de las llaves, allá arriba, y decíle que no porobe.»

Otro trueno y cuatro retumbos. Y Pedro tuvo que ajilar para arriba; ¡Qué vergüenza! ¡a presentarse a su Santo Patrón, sin haber devuelto todavía los diez colones!».

«Aquí traigo este tonto, lo mató un circuito corto y lo cogió «chingo» en diez colones que se cachó del suelo del beneficio donde trabaja y los gastó en lotería.»

«¡Dejalo ahí afuerita»; dijo una voz por el póstigo de la puerta celestial; mañana veremos a cómo está el cambio, ahora no es hora para aritméticas—y se cerró el póstigo.»

De modo que el alma del pobre Jirón hubo de acomodarse como mejor pudo en cirrus, nimbos, cúmulos y estratus para esperar la hora oficial de la apertura de las puertas celestiales.

«¡Maldita la hora en que juí a mercar el número! Ora si que estoy hasta el gollete y me van a pegar mi buena chaparriada.»

Pasadas unas tres horas fué despertado por los chirridos de las grandes alcayatas del portón principal por donde brotó un chorro de luz rosada y brillante y una bocanada de perfumes y armonías.

San Pedro en todo el esplendor de su túnica rutilante, sus llaves de oro y de su halo de tres anchos flejes de plata, llamó a Jirón. Este, con la cara tapada, avergonzado y contrito, siguió a su excelso patrón a la oficina, en donde varios ángeles manoseaban los libros grandotes en los que estaba apuntada la vida y milagros de todos los mortales.

«¿Cómo te llamás?—dijo San Pedro.»

«Pedro de los Dolores Jirón, pa servir a Nuestro Señor y a usted, contestó el alma atribulada.»

«De dónde venís?»

«Del beneficio del Bajo de Torres en Mata Redonda.»

San Pedro a la primera respuesta mostró interés; a la segunda ya no pudo contener su emoción y con marcado disgusto dijo:

«Hombré, Jirón, ¿no te da vergüenza verte acusado por robo? ¿Vos, un hombre de trabajo, con mujer e hijos, en un país de abundancia como es Costa Rica, en donde el que quiere trabajar gana para pasar vida sabrosa; donde no hay grandes calores ni grandes fríos; donde los plátanos, los chayotes, las guayabas, los mangos y los jocotes están dundos; donde la primavera es perpetua, las lluvias abundantes, la tierra fértil; en donde no hay más calamidades que uno que que otro temblor y elecciones cada dos años? Y ¿vos llevandome mi nombre y siendo devoto mío, y pagándome misas y rosarios con pólvora...? Si a vos no, lo que es a mí se me cae la cara de pura vergüenza.»

«¿Para qué diantres fuiste a gastar lo que no era tuyo y venirme a meñer en enredos poniendo el numerillo bajo mi amparo? ¿Estás mudo? ¿Qué tenés que decir?»

El pobre Jirón, más rojo que una amapola y todo tembloroso, contestó tartamudeando y un tanto indignado:

«¡Vea, Santo Patrón, no se caliente conmigo la cosa pues pa que me trapé todito delante de estos señores. Yo no me he robao nada; junté el papel del suelo, no traiba nombre de dueño, y manque lo trujera yo no sé ler, ni escribir, me lo metí al seno pa devolvele y, se me olvidó cuando me fui echar más cansao que un burro; cuando juí a la «villa» al arreglo de la misa pa usted, mi patrón y mi tocayo, más taranté con la ilusión de sacarme unos riales en la lotería, contimás cuando me dijo el chacalín que tenía pintao el día en que a

usted lo celebramos allá bajo, y arriesgué la pará. dita confío en que usted m'ayudaría más que juera poquito y como no llevaba plata implé el papellito ese de la jurisca. Anoche ya me había echao la plata a la bolsa pa cambiála por otro papel de a diez pa entregásele al patrón hoy domingo, cuando jue y me sucedió la cosa de la lámpara eléctrica. Si no fuera que allá quedaron los calzones le enseñaba la plata, que por cierto que está en un papel día cinco, tres diun colón y dos en plata blanca.»

«Pero tu intención primera fué quedarte con el hallazgo; fué tu buenísima mujer la que te hizo cambiar de idea; pecaste, Jirón, pecaste y sin necesidad.»

«¿Sin necesidad? Pos ¿a qué es lo que usted llama necesidad? Más próbe que las ratas, viéndome con mi mujer y mis hijitos en constante miseria; sin segundo calzón que poneme ni pa cojer misa; tosiendo día y noche que ya el ombiligo lo tengo como un jaboncillo; la mujer «yena» de calamidades; los chiquillos yenos de lombrices ya diario dándoles paperas, corridas, tosterina, sa-rampión, y escarlatina; mal comidos y mal cobijados; trabajando de sol a sol cuando nueés tuitica la noche pa ganar dos miserables coloncillos que no alcanzan ni pal más y los frijoles, y pagando doctores y medicinas y sin saber ponde cojer con tantas tribulaciones; aguantando viarazas del patrón, trapajadas del mandador y malos modos del político y dej «fues de pas» y de cuanto mandinga manija las cosas del gobierno.»

San Pedro disimuladamente volvió la augusta faz hacia los archivos para que Jirón no notase su tristeza. Este prosiguió:

«Mire, tocayito, eso de que en Costa Rica sea país de abundancia y esas otras alabanzas que usted leechó se lo agradezco porque a «Tico» no me gana naide, pero son pura música celestial ¡Dínde! La cosa es muy diferente; allá es verdá que hay muchos que la gozan es grande; pero más, muchos más que se la pasan en las delgaditas. Hay mucha pobreza, mucha miseria, mucha enfermedad, mucho desamparo. Pa unos pocos el café a cien colones; pa sus piones, sudores y congojas y maltratos y piccayas sucias de tierra y plátanos verdes y camiseta de manta y en todo el año no vienen a juntar ni con qué mercarse una mortaja. Pa otros, bananos a veinte riales el racimo y pa sus jornaleros, aguacero tieso, barro hasta la horqueta, fiebres y tercianas; y cuando salen de la «clínica» es a tragar quinina y guaro con guaro y a gastar los cuatro coloncillos que han apartao, en boticas y curanderos.—En tanto que Jirón hablaba iba paulatinamente iluminándose la estancia con luz como de mil soles y el aire iba llenándose de plácida armonía, San Pedro, vuelto de espaldas, se enjugaba furtivamente las lágrimas.»

«Y si no fuera porque uno es cristiano y tiene temor de Dios y porque se prende de los Santos y de la Inmaculada, ¡Quién sabe si no pararía en saltador de caminos! Usted lo sabe patrón; yo, en mi miseria, aparto cada año la plata pa su misa y pa su rosario, mas que ande con remiendos en la camisa y con los calzones desteñidos y le rezo con fervor y ¿qué le pido?, amparo, sólo amparo; fuerzas pa seguir trabajando, ánimos pa no caer en tentaciones, salú pa mi mujer y pa mis muchachitos; y la mujer, ¿qué le pido?, lo mismo; ayuda, resinación, alientos pa no quer redondita encima de los tinamastes y de la batea. Y ora que una corozanada me dió el repente de mercar el número, viene usted y me trapea y me avasaya y ni mi alza a ver; Ora que estoy acousao, ¡mi abogao se me niega y mi abandona! ¿Es esto fusto? Pa mí que mejor nuibiera.»

No pudo terminar la frase: una mano llagada estrechó la suya y vió a Jesús rodeado de infinita majestad y dulzura, que le dijo:

Jirón, no temas nada, anda a devolver la plata a tu patrón; tu hora aun no ha llegado; cuando vuelvas, mis brazos estarán abiertos para recibirte. Bienaventurado los que han hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos.

Y San Pedro, besando las manos del Maestro y acariciando la cabeza de su protegido, dijo entre puchero y puchero:

«¡Tocayo, quedamos buenos amigos, anda gozala, pero portate bien y nada de escándalos.»

Cuando Jirón volvió a sus sentidos con tamaño chichón en la jupa, todo vendado, oloroso a «Agua Florida» y «amoniac», con parches porosos en pecho y espalda, sinapismos en barriga y pantorritas y con la cabeza arrollada en trapos con hielo, rodeado de su llorosa compañera y de los chiquillos y de peones, vió delante de sí al finquero quien se interesaba por su infeliz jornalero. Este tartamudeó con la boca torcida por la contracción nerviosa:

«Conceción, saq de mis calzones la plata y dá-sela al patrón y espícale, ¡Date ligero!»

La infeliz mujer obedeció y llevando a un rincón del cuarto a su amo y señor, le dió cuenta del incidente y le mostró el billete, causa de tantas tribulaciones.

El patrón sacó de su bolsillo la lista de la lotería sorteada ese domingo, comparó el número 2009 y lo encontró premiado con diez mil colones. «¡Te la sacaste, Jirón!»

El enfermo tornó los ojos grandes hacia la estatuita de yeso rodeada de cabos de candela, y con placer incomparable, enderezándose en la desvencijada cuja, exclamó:

«¡Chocala Toca! Apuesto los riales que en todo el cielo no hay un Santo más milagroso que vos.»